

## PERROS DESQUICIADOS

Cierta tropa de niños exploradores acampó en las inmediaciones de un cementerio y en la primera noche de fogata surgió tal reto inusual, entre este primer scout y el guía de patrulla.

-Los que fallecen y no son cremados -argumentaba el scout al grupo—quedan vulnerables cuando los vampiros vienen con la luna y defecan sobre algunas sepulturas, lo que resulta que la infección de su sangre maldita penetra hasta el subsuelo donde yacen esos desgraciados...

-¡Patrañas! -interrumpe el guía.

-¡Y ni siquiera intenten pararse encima de una tumba de éstas, porque unas manos pueden surgir de entre el yerbazal y jalarlos allá abajo!

-¡Supersticiones! —el entrometido acaba desmintiéndolo por completo.

El scout contrariado se aparta del grupo y regresa. En un escupitajo entrega su reto:

-¡Pues te apuesto que no serías capaz de intentarlo!

La fogata toda se revuelve en enorme rescoldo de nervios. El diálogo mudo de miradas que se cruzan ya voltean y se detienen en el atuendo de insignias y correas. El guía se sabe afianzado al concepto de líder aunque se abra el fondo de la tierra. Acepta el desafío.

El grupo escoge una lápida y se la señalan. El guía se encamina hacia ella, portando acetrino el banderín de patrulla, pero aunque lo estás viendo, no eres capaz de abrir los ojos y cerciorarte que el muchacho ronda el montículo dos veces y clava el bordón como queriendo elevar el blasón de su casa de campaña o queriendo atravesar el vientre recogido con las dos manos del demonio que no le perdonará tal afrenta. El guía se incorpora para

que la tropa le vea, pero no puede levantarse...¡algo le sujeta de la camisola!. El grito en el segundo intento por separarse se absorbe lento como un carbón que aviva el terror al mezclarse con el aire de sus pulmones. Los acampantes con rango menor escuchan el llanto lejano:

-¡Me ha atrapado! ¡Auxilio, me ha atrapado!

Pasos en silencio, titubeo y prurito al momento de extender la mano y tocar el cuerpo inerte que cubre ahora la tierra apisonada de miedo, marcando la imprudente danza del héroe. Sin que lo hubiera advertido, ese muchacho había enredado su cordón de mando en la punta del bordón y ambos objetos únicamente sujetaron con crueldad a su mente afiebrada. El guía murió de un pánico elevándose infinitamente en una noche sin estrellas.